

CLIMA

La historia de la humanidad ha probado que uno de los factores que más decisivamente han influido en el nacimiento y desarrollo de los pueblos es el que se conoce con el nombre de “clima”. Un cierto grado de temperatura propicio a la actividad del hombre ha sido necesario para que éste cumpla su destino.

El clima dominante en el territorio que sirvió de escenario a los mochicas ha debido ser necesariamente benigno, y ofreció por tanto condiciones favorables para el incremento de la población, a la vez que contribuía a su gran desenvolvimiento cultural. No hay duda de que las características climáticas de entonces fueron diferentes de las que reinan en nuestros días, ya que, a medida que el tiempo transcurre, todo se va modificando en el gran laboratorio de la tierra.

Después de haber examinado cuidadosamente todas las manifestaciones de la antigua industria mochica y explorado su territorio, hemos llegado a la presunción de que el clima imperante en aquella lejana época fue cálido, con las naturales variaciones de estación, y estaba caracterizado especialmente por la presencia de más abundantes y persistentes lluvias en el verano, las que atemperaron el calor excesivo y permitieron la utilización de una mayor extensión de tierras para la agricultura. Hoy en día ya no se presentan las lluvias como en aquella época.

Y apuntalando nuestra aserción, encontramos dentro de la cerámica, en las representaciones escultóricas y pictográficas, que los techos que cubrían las viviendas y adoratorios eran inclinados (Fig. No. 33), a dos aguas, modalidad que acusa la defensa contra la inundación pluvial. Luego, descubrimos en algunos ejemplares de su cerámica la capa y poncho que emplearon para resguardarse de la lluvia. El resto de la indumentaria, dada la alta temperatura a la que tenían que hacer frente, es sencillísima, pues los vestidos destinados a cubrir el cuerpo se reducían por lo general a una simple camisa sin mangas o camiseta y camisa superpuestas, y a un pequeño pantalón a manera de trusa (Figs. Nos. 34 y 35).

Explorando el territorio hemos comprobado vestigios de extensos canales de irrigación con los que ponían bajo riego considerables áreas de terreno que hoy permanecen estériles. Este hecho acredita palmariamente la abundancia de agua de que disponían, abundancia

que no es fácil explicar, dado que aquellas gentes no contaron con el aporte de sucesivas y copiosas lluvias. Hoy se nota ostensiblemente que se regaron grandes extensiones en el valle de Cupisnique, en gran parte del valle de Chicama, en las pampas de Huanchaco, en las riberas del cerro de Tres Puntas (Campana) hasta Chiquitoy, muchas comarcas del valle de Virú y del valle de Chao, y, finalmente, una considerable extensión del Santa, Coshco y Chimbote, entre otros.

Otras pruebas que hablan a favor de nuestra presunción son las capas sedimentarias de origen pluvial que hemos encontrado en una perforación practicada en las faldas del cerro Chipitur, en la villa de Moche. Estas capas nos muestran claramente el fenómeno de las lluvias periódicas que han caído en la costa norte del Perú, que sin duda fueron muy frecuentes en los tiempos que nos ocupan. Los estratos se presentan por lo general en capas horizontales y éstas son más gruesas a medida que se acercan a la superficie; todo lo contrario sucede en el fondo, donde dichas capas son más delgadas.

Todos los terrenos que se extienden en las faldas de los cerros Blanco, Chipitur, Lucumuy, Batán y demás, que forman parte de las estribaciones de la cordillera costanera, están sedimentados por avenidas aluviónicas, detritus y acumulación de rocas. El agua de las lluvias, al caer sobre los cerros, daba comienzo a su obra erosiva, discurría impetuosamente por las pendientes arrebatando de las partes altas todo lo que encontraba a su paso, y dejaba tras sí, como huella en las partes bajas, la característica capa de limo. Como al aluvión sobrevenía un gran estiaje, se iniciaba entonces la obra de sedimentación arenosa o de detritos rocosos, favorecida por los vientos. Esta obra de acumulación era fijada por una nueva capa de limo, fruto de otro aluvión, y así sucesivamente. Las capas sedimentarias han ido formándose cada vez más gruesas, a medida que entre aluvión y aluvión transcurría mayor tiempo. Cuando los aluviones eran más frecuentes, la sedimentación arenosa era menos gruesa, como pudo observarse en el interior del forado que hiciéramos, hecho que comprueba –cual inestimable documento ofrecido por la naturaleza– que las lluvias que caen en la costa norte del Perú se van espaciando y alejando cada vez más unas de otras.

La periodicidad de los aluviones no ha sido tampoco uniforme. Anteriormente se presentaban más a menudo.



Fig. No. 33.- Vivienda mochica de techo inclinado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (072-004-009)



Fig. No. 34.- Representación escultórica en la que se aprecia la gran camisa que utilizaban los mochicas para resguardarse de las lluvias.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (038-005-005)



Fig. No. 35.- La capa protectora de las lluvias, usada en lugar de ponchos.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (068-003-002)